

Las dos Cubas libres de *Lichi*

Gonzalo Celorio

Dos cubalibres de Eliseo Alberto, *Lichi*, es una antología orgánica de textos publicados anteriormente en diversas revistas literarias y referidos a la cultura cubana, la de adentro y la de afuera —porque la patria, en este caso, es mucho más grande que su mapa. *Dos cubalibres* es una galería de retratos hablados en la que figuran lo mismo el Che y Fidel que Lezama Lima y Alejo Carpentier; Gastón Baquero y Eugenio Florit que *Kid Chocolate* y Rita Montaner. *Dos cubalibres* es un recuento crítico de las tribulaciones políticas del país. Es un rastreo de las huellas de la diáspora. Es un inventario de nostalgias. Es una poética del exilio. Es una carta de amor. Es una reformulación de la utopía.

“Nadie quiere más a Cuba que yo”. Estas palabras de *Lichi*, que aparecen como subtítulo del libro y que no excluyen a quienes aman a su patria tanto como él, animan cada una de las cuatrocientas páginas que lo integran. El amor transita por ellas al ritmo de una prosa a veces vehemente y a veces adolorida, y toca todo lo que le sale al paso: la familia, la figura tutelar del poeta Eliseo Diego, a quien *Lichi* invoca con el balbuciente y elemental nombre de *papá* y que se le cuela como un fantasma implacable y burlón en cada capítulo; las ceremonias de interior, como Cortázar llamaba a los rituales domésticos; la gastronomía cubana —el ajiaco criollo, el fufú de plátano, las viandas (y la sonoridad de las palabras que las nombran: la *yuca*, el *boniato*, la *malanga*); la música que se respira, el barroco trasnochado que se camina por las calles de “la Ciudad de las Columnas”, el mar omnipresente, los amigos dispersos —los que se quedaron y los que se fueron, los que transitan sigilosos o bullangueros por el malecón de La Habana y los que esperan en la sombra de la prisión un nuevo día, los que viven en Miami, Berlín o Nueva York, y los que, paradójicamente arraigados en su diáspora, de vez en cuando se apersonan en el exilio mexicano por el que ha optado el escritor.

Como tantos otros novelistas cubanos que tomaron la dolorosa determinación de abandonar su país, Eliseo Alberto rememora con añoranza la vida habanera y pone su grano de arena en la construcción del mito miltoniano del paraíso perdido, que exacerbó Guillermo Cabrera Infante en sus novelas. No obstante el amor que le profesa a su patria, *Lichi* no camina a ciegas por sus recuerdos ni se precipita en los abismos de la melancolía; antes bien practica, con esforzado rigor, el ejercicio de la crítica —porque la nostalgia, como él mismo dice, también es una “forma pacífica de la rabia”. Y en ello reside el mérito mayor del libro. *Lichi* es poseedor de ese raro oximoron que tanto encomiaba Octavio Paz: la pasión crítica. En efecto, la suya es una crítica fría y enardecida a un tiempo, objetiva y amorosa, enérgica y conciliatoria.

Dos cubalibres parte de la postulación del derecho a estar equivocado, que *Lichi* ya había asumido como propio en *Informe contra mí mismo*, su primer libro escrito fuera de Cuba. Ante un régimen que ha creado una verdad única y la ha impuesto a la población de manera vertical e incontestable, *Lichi* reivindica su derecho a articular su propia verdad, aun a riesgo de equivocarse, y defiende los valores de la pluralidad y la discrepancia: “La única verdad posible es la suma de muchas imposibles verdades”, dice. Y añade estas palabras sentenciosas: “O los cubanos aprendemos a convivir en la pluralidad o la vamos a pasar mal. No se trata que debamos estar de acuerdo sino todo lo contrario: tenemos que aprender a estar en desacuerdo”.

Lichi reconoce los extraordinarios logros sociales de una revolución que en su momento abrió tantas esperanzas en América Latina, pero también señala el deterioro que ha sufrido Cuba a lo largo de los más de cuarenta y cinco años que Fidel ha permanecido en el poder y el alto costo que la misma población que se ha beneficiado de las conquistas revolucionarias ha tenido que pagar por ellas:

El pueblo de Cuba flotó a la deriva noche tras noche, en buena medida aún ilusionada en el progreso social que había construido y reconstruido por tantísimo tiempo, para beneficio de muchos, una promesa de *hombres nuevos* por la cual, sin embargo, tuvo que sangrar demasiadas penas, entre ellas la ruptura de la familia en dos tajadas (la isla y el exilio), las impurezas de una sociedad que en nombre de la moral nos obligaba a recelar unos de otros hasta el punto de sentirnos sucios, las penurias de una cotidianidad sin alicientes y la pérdida de miles de hijos en guerras que no eran nuestras aunque fuesen justas.

A esta valoración general de carácter histórico, añade la denuncia a la sistemática represión de la libertad de pensamiento y de expresión que opera puntualmente en la Cuba de hoy. Entre otras medidas adoptadas por el gobierno de la isla para erradicar cualquier brote de disidencia, señala la estrategia utilizada en 2001 para

decretar constitucionalmente la inamovilidad de la revolución y frenar el impulso democrático de 11,200 cubanos que suscribieron el Proyecto Varela, y el encarcelamiento “preventivo”, en 2003, de 75 disidentes acusados de servir a los intereses del imperio norteamericano en los momentos en que Cuba había recibido la amenaza mediática de un ataque militar de Estados Unidos tras la invasión a Irak, y condenados, tras juicios sumarísimos, a décadas de prisión. Entre los condenados, se encontraba el poeta Raúl Rivero, cuya defensa *Lichi* abraza en uno de los artículos más valerosos que su libro recoge. Ahí, rechaza enérgicamente las acusaciones que se le imputan a Rivero y culpa de su prisión al régimen, que reprime cualquier discrepancia aun cuando presuntamente cuente con el aval del 98 por ciento de la población que sancionó las enmiendas constitucionales para legitimar la condición revolucionaria de Cuba y la permanencia de Fidel en el poder. Quiero creer que la voz de *Lichi* en algo contribuyó a la excarcelación de Rivero, que emprendió el doloroso camino del exilio.

A pesar de su vocación denunciatoria, *Dos cubalibres* no está escrito con la hiel del rencor. *Lichi* no abraza odios en su corazón, mantiene una postura intermedia entre los dos bandos que han dividido a su patria, y su mayor ilusión es la de la reconciliación y el perdón recíproco:

Enemigo declarado del revanchismo y el fanatismo, soy de esos ingenuos que aún confían en una alternativa equidistante de extremos irreconciliables e imaginan un proceso de continuidad y ruptura de un sistema que, por una parte, ha conseguido verdaderas hazañas en campos prioritarios del cuerpo social (educación, salud, igualdad) y, por otra, ha probado una incuestionable ineficacia administrativa y una intolerancia total al pensamiento opositor; un régimen estructurado sobre una pirámide marmórea y una tropa de mando que desprecia a las minorías, negándoles otro espacio que no sea el de la cárcel o el destierro. Continuidad, en fin, en esas conquistas a las que mi pueblo difícilmente renunciaría sin oponer resistencia, y ruptura de las corazas del totalitarismo o el dogmatismo.

Justamente porque quiere dos Cubas libres que puedan unirse, Eliseo Alberto adopta una posición reconciliatoria, que ya había postulado en *Informe contra mí mismo*, y que aquí adquiere rango de desiderátum político. Con sus palabras quiero poner punto final a las mías:

...Sólo la Virgen y los *orishas* son los mismos en las dos orillas: Prendámosles velas a los santos para que los cubanos nos demos pronto ese abrazo que desde hace medio siglo nos debemos, ese perdón de perdones que tanta falta nos hace para seguir vivos...



Eliseo Alberto

DOS CUBALIBRES

«Nadie quiere más a Cuba que yo»

